

# Mircea Eliade

## Diario mexicano

A pocos pensadores debe tanto la metodología y análisis del mito y de los símbolos religiosos como a Mircea Eliade, uno de los más profundos eruditos en religiones universales que existen en la actualidad, y quien, al lado de Dumézil, Heiler, Lévy-Bruhl, Massignon, Wach y otros, ha establecido la hermenéutica vigente en la indagación del fenómeno religioso y de la mitología en general en un nivel en el que están lejos de ser considerados como "enfermedad del lenguaje". Esa hermenéutica reconoce de manera expresa sus antecedentes en una diversidad de disciplinas profundamente interconectadas que constituyen su basamento: la psicología profunda, la filosofía, la poesía, la epistemología, las artes plásticas, la etnología y la semántica. A partir de las indagaciones de algunos filósofos, epistemólogos

y lingüistas que volvieron manifiesto no sólo el carácter simbólico del lenguaje, sino el de las demás actividades del espíritu humano desde los ritos y el mito hasta las artes y ciencias, los historiadores de las religiones han colocado el símbolo en el fundamento del conocer cosmológico. Y de toda ontología: si el mundo habla lenguaje y sólo lenguaje comunica, parece 'hablar' únicamente a través del símbolo. De ahí que todas las elaboraciones de la máquina hombre-hacedor-de-símbolos sean, sin excepción, simbólicas. Mircea Eliade (Rumania, 1907) es director de los Estudios de Historia de las Religiones en la Facultad Teológica Federada de la Universidad de Chicago. Anteriormente enseñó en la Universidad de Bucarest y en la Ecole des Autes Etudes (Sorbona) en París. Participa con regularidad en las

reuniones de 'Eranos' en Ascona, Suiza. Además de sus magníficas novelas El bosque prohibido y La noche bengalí, ha publicado, entre otras obras de erudición, Tratado de historia de las religiones, El mito del eterno retorno, Yoga, inmortalidad y libertad, Mito y realidad, Mitos, sueños y misterios, Imágenes y símbolos, Lo sagrado y lo profano, La nostalgia de los orígenes, De los primitivos al Zen. En 1965 Eliade pasó un mes en México invitado por El Colegio de México para impartir un curso sobre las religiones indias. Las páginas siguientes, registro de su estadía en nuestro país, están tomadas de Fragments d'un Journal, Gallimard, 1973.

Juan Carvajal

México City, 29 de enero, 1965

Hemos dejado Chicago esta mañana con un frío terrible (18 Fahrenheit). Despegamos hacia las once y aterrizamos en México a las catorce treinta. No podíamos creer a nuestros ojos: calor, cielo sereno, palmeras, flores. Hacía tanto calor que estaba tentado de quitarme el saco. En el aeropuerto, Graciela de la Lama, directora de la sección oriental de El Colegio de México. Ella nos lleva en su coche al hotel Luma, en la calle de Orizaba. Pésima recámara. Reposamos durante algunas horas, pero seguimos un poco aturdidos. Por la tarde, De la Lama y Laurette Séjourné (con la cual tengo correspondencia desde hace casi diez años) vienen a vernos. En la noche nos desplomamos de fatiga.

30 de enero

Nos despertamos tarde. Cielo soberbio —y hace un calor como el de Capri en mayo. Voy a visitar El Colegio de México, a algunas cuadras del Hotel Luma. Una construcción nueva, moderna, casi lujosa. Descubro, con un suspiro de alivio, que tengo aquí una oficina para mí en la cual podría trabajar.

Enseguida nos paseamos por Insurgentes y Reforma hasta las dos de la tarde. Desayuno en el hotel (excelente). Se nos cambia de recámara. (Tenemos ahora una ventana tan grande como el muro, nos bañamos en luz...)

A las cinco Laurette Séjourné viene en coche por nosotros. El Museo de Antropología, el parque de Chapultepec con árboles altos y soberbios —y un olor extraño, desconocido, como si estuviéramos a unos pasos de la jungla.

Regresamos al centro y llegamos a la plaza Zoaca (sic) al caer la noche. El palacio presidencial, la catedral y el resto de los edificios están iluminados. L. S. nos guía por el México viejo. Ante la iglesia de Santo Domingo, una danza "india". El padre, la madre y tres niños, disfrazados con un adorno de plumas sobre la cabeza —danzan (yo diría) con un paso arcaico, saltan y se desafían. La gente reunida alrededor de ellos les arroja monedas.

Al terminar la danza, un grupo de mujeres, algunas ayudadas por niños, se dirigen de rodillas, lenta y penosamente hacia el portal de la catedral. Hay treinta metros que recorrer sobre un enlosado de antiguas piedras. Una vieja sangra.

31 de enero

Graciela de la Lama nos lleva a Xochimilco, un pueblo a cincuenta kilómetros de México. Es domingo y el mercado de frutas, legumbres y flores, bulle de compradores, turistas y campesinos de los alrededores que han venido a vender o comprar sabe Dios qué: algunos huevos, tomates, un saquito de semillas (granos). Nos movemos difícilmente entre la multitud. Olores, colores, trajín, y buen humor —como en un bazar indio.

La iglesia Del Rosario —admirable cuando se la mira desde la acera de enfrente. Enseguida el "lago" —del que no quedan sino canales y una laguna abrumada de embarcaciones. ¿Pero qué clase de embarcaciones? Grandes, espaciosas (unas llevan de dieciocho a veinte pequeñas sillas), cubiertas por un baldaquín colorido y abigarrado, de un mal gusto provocativo que, finalmente, las salva porque les da un aire de juguetes gigantes y de mercado. El agua es poco profunda, no más de medio metro y el barquero empuja de atrás la barca como los gondoleros de Venecia. Las orillas entre las cuales nos deslizamos (perseguidos por perros hambrientos) no son verdaderas orillas como yo había imaginado, son más bien "islas flotantes" que se mueven lentamente con los árboles y las casas que hay sobre ellas. He aquí el "lago": innumerables islas flotantes separadas por canales. Decenas, centenas de embarcaciones abigarradas, rosáceas, avanza la una al lado de la otra y se entrecruzan. Y entre ellas se deslizan, alertas, pequeñas canoas planas donde se vende toda clase de cosas: cerveza, limonada, coca-cola, sandwiches, parrilladas, rebozos, tapetes, juguetes —y canoas con fotógrafos que nos siguen con paciencia y obstinación. En la mayoría de las embarcaciones orquestas de músicos —disfrazados, alegres, fatigados y que no dejan de tocar hasta que una fanfarria más poderosa se aproxima a ellos. Familias de

mexicanos almuerzan y dejan un hueso o cualquier otro desecho a los perros de la orilla.

En una embarcación espaciosa, un grupo compacto de jóvenes —y algunas parejas que bailan. Oímos hablar inglés y reconocemos enseguida turistas americanos. Pero la mayor parte son mexicanos, y ese género de diversión les sienta de maravilla. Están relajados, sonrientes, comen y beben sin prisas, disfrutan de la luz y del sol.

10. de febrero

Mala noche: insomnio. Me levanto, sin embargo, a las ocho, para poder asistir dos horas más tarde a la inauguración del nuevo año universitario en El Colegio de México. El director del colegio, Silvio Zavala, lee el informe de actividades. Enseguida el Secretario de Educación pronuncia algunas palabras. Todo ha durado menos de quince minutos. Reencuentro a Bosch-Gimpera (¿después de cuántos años?) y conozco al profesor Paul Kirchhoff, apasionado de las relaciones China-India-México precolombino.

Al mediodía, en mi despacho, ojeo mis legajos de notas sobre las religiones indias. Trato de preparar mi primera lección de mañana (Mohenjo-Daro y la invasión de los arios). Inmensa melancolía; todas esas cosas están reunidas, interpretadas, organizadas desde hace años. (Creo haber hecho tres cursos sobre las religiones indias). Las páginas que estoy a punto de ojear deberían constituir el primer capítulo: La India (sin el budismo) del *opus magnum*. Sólo me resta proceder a la redacción definitiva —y en francés.

2 de febrero

Comienzo mi curso: de mediodía a la una. En el anfiteatro que tiene capacidad para unas cien personas, una cincuentena de estudiantes. Veinticinco están inscritos a mi curso, los otros son oyentes (la mayor parte viene de la sección de Lingüística, pero también de otras disciplinas). He hablado de Mohenjo-Daro y los Indoeuropeos. Muy bien.

Antes del curso, una dama, De Mora, me invita a dar una conferencia en la universidad de los jesuitas (Iberoamericana). Declino la proposición pero acepto encontrarme con un grupo de profesores y de padres jesuitas, para una entrevista (naturalmente, sobre los métodos de Historia de las Religiones).

Almuerzo con el profesor Paul Kirchhoff. Un titán. Y una voz de "campo de concentración" como dice Laurette Séjourné (sin ninguna alusión, por otra parte, pues P. K. no ha sido nazi; es profesor de la Universidad de México desde hace veintidós años. Antes estuvo en los Estados Unidos). Habla perfectamente el inglés. Es un apasionado de las relaciones China-India (Java) México. *I am an old fashioned diffusionist*, me ha dicho. Y explica de esta manera la resistencia de los sabios norteamericanos (del Norte y del Sur): ellos quieren a toda costa que haya también en América una gran civilización *autóctona* (fuera de las civilizaciones "primitivas" estudiadas por los etnólogos). Todo lo que es *grande* en las Américas del Sur y del Norte, es de origen europeo. Ellos quisieran que al menos las civilizaciones precolombinas de América Central no dependieran de ninguna otra cultura: China, India, Mesopotamia.

Después del mediodía, de nuevo al Colegio. Me gusta trabajar en esta pieza cálida y luminosa. La línea violeta de las montañas se percibe desde la ventana.

He tomado de la biblioteca un montón de libros sobre las civilizaciones precolombinas; he tomado también algunos volúmenes de las *Obras Completas* de Unamuno que hojeo con nostalgia, pero debo preparar mi segunda lección, buscar los textos védicos y brahmánicos, escoger en mis archivos las páginas que leeré y comentaré.

3 de febrero

En camino hacia la capital de México, Cortés se detiene en Cholula, el más célebre santuario del mundo precolombino, y mata allí, en menos de dos horas, seis mil personas reunidas en el interior del templo. Esa masacre suscitó la admiración del gran guerrero que era Moctezuma, emperador de los Aztecas. Eso explica también el hecho de que los españoles se pudieran pasear por las calles, penetrar en los templos, destruir "los ídolos". Han podido incluso arrestar a Moctezuma, hacerlo prisionero en su palacio sin provocar reacción.

Ha sido necesaria una segunda Cholula —la masacre del Gran Templo— para que Tenochtitlán se rebelde, y que los españoles sean obligados a retirarse de la metrópoli. Pero regresarán meses después para aniquilar el imperio y la civilización aztecas.

No he leído jamás la historia de la conquista de México sin tener vergüenza de ser europeo y cristiano.

4 de febrero

A las tres de la tarde, Laurette Séjourné llega para llevarnos en coche a Teotihuacan. Tres cuartos de hora de autopista. Luego, de pronto, vemos la pirámide del Sol. Pero la calzada (¡empedrada!) que circunda el campo de ruinas recientemente despejado —es completamente absurda. No se ve nada. L. S. nos dice que, para construir este camino, se han tenido que destruir cientos y cientos de habitaciones de gran interés arqueológico.

Dejamos el coche a la sombra de un edificio administrativo y entramos. La pirámide del Sol. Christinel y yo subimos hasta la primera terraza. Un joven nos propone estatuillas en arcilla, quemadas, "auténticas". Le compro dos o tres para darle gusto.

En coche hacia la pirámide de la Luna, recientemente exhumada. Dejamos el coche en el camino y subimos. Los trabajos de descombramiento de todo el conjunto han terminado en septiembre pasado. Se organizan allí representaciones teatrales. Algunos obreros estaban a punto de levantar los andamiajes que se utilizarán en el próximo espectáculo.

Visitamos una casa reconstruida, con frescos admirables (algunos auténticos). Luego vamos hacia la ciudadela. Detrás de una pirámide que no se percibe a distancia, se encuentra otra, con gárgolas, cabezas de dragones amenazantes que hacen salientes. Viento desencadenado. Hace frío. Y como siempre cada que veo por primera vez monumentos que he soñado contemplar durante largo tiempo y que no conocía sino por fotografías y reproducciones —un poco desengañado. Sin comprender porqué.

Al regreso, nos detenemos en el cementerio de Acolman —de un blanco-grisáceo soberbio. En el patio, una cruz de piedra, la cabeza de Cristo esculpida en el centro de la cruz.



5 de febrero

Con Horia y Anna Tanasesco. Familia y casa para poner en una novela. Los dos muchachos, los dos muy dotados (Stéphane, el menor, de catorce o quince años tiene verdaderamente genio. Como tantos otros, he admirado el año pasado su album de dibujos en blanco y negro). La biblioteca de Horia T. es rica, variada y algo extraña. Sus libros están acomodados en los anaqueles según los capítulos de un libro en preparación (¿sobre la personalidad, el lenguaje, la comunicación? —yo no lo sabría decir con precisión). Su mujer, Anna, italiana, fabrica joyas que le permiten mantener a la familia. H. T. ha sido, durante varios años, profesor (de psicología del arte) en la Universidad Iberoamericana, pero su cátedra acaba de ser suprimida. Inteligente, cultivado —pero agresivo y antojadizo. Su largo artículo sobre el poeta dominicano Domingo Moreno que él me había obsequiado me había sobre todo interesado por los versos que citaba. Todo lo que sé de ese poeta mulato y muy original —me encanta. (El recita sus versos en los pueblos, las ferias; los imprime él mismo en oscuras imprentas, etcétera). H. T. piensa que Domingo Moreno ha redescubierto el budismo zen y el psicoanálisis sin saberlo.

6 de febrero

Me despierto aturdido. Vamos al museo de Antropología. Yo lo había visto ayer, desde el coche, cuando Laurette nos había paseado por el parque de Chapultepec. Admirable —y de una extraordinaria riqueza en lo que concierne a la civilización precolombina. Harían falta semanas para conocerlo como se merece. Aturdido como estoy, me contento con recorrer las salas con una gran melancolía. Por primera vez *siento* que no tendré suficiente tiempo delante de mí para familiarizarme con una civilización que me es desconocida.

7 de febrero

Sigo aturdido. Día espléndido. Voy al parque Río de Janeiro a unos cien metros del Colegio. Sentado en un banco a pleno sol, me dejo llevar a placer por los recuerdos. Al cabo de algún

tiempo, no puedo ya seguirlos, corren demasiado aprisa. Yo leía una vez (pero dónde) sobre un banco también a pleno sol, *L'Océanographie de l'ennuit*, de Eugenio D'Ors. Hace ya muchos años. Si no tuviera estos vértigos habría acertado tal vez a recordarlo con mayor precisión.

Y bruscamente vienen a mi espíritu las imágenes de los parques provincianos de Portugal. Recuerdo su terrible melancolía. Mundos muertos desde hace largo tiempo y que no esperan más que el puñetazo del bárbaro para hundirse.

Noche en casa de Horia T. Da una conferencia para sus antiguos alumnos de la Universidad Iberoamericana. Un grupo divertido: un médico cubano, refugiado, y su hermano pintor; una joven con un niño en pañales; algunos estudiantes. H. T. me pide decir algunas palabras sobre el taoísmo y el zen que son grabadas.

8 de febrero

En el aparador de una librería de la calle de Orizaba, a dos pasos de nuestro hotel, un ejemplar amarillento por el sol de *La gondole aux chimères* de Maurice Dekobra. *Sic transit...* Hace diez o doce años, a dos pasos del café *Les Deux-Magots*, en un aparador, la fotografía del autor y un ejemplar de una traducción japonesa; al lado sobre una página dactilografiada, cubierta de excrementos de mosca, indicación sobre los tirajes y el número de traducciones de las obras de Dekobra.

Recuerdo: era hacia 1927 en Bucarest, la sala del Ateneo archicolmada: Dekobra iba a dar una conferencia. Yo estaba allí para hacer un informe para Cuvântul. A pesar de mi tarjeta de periodista, sentía una gran pena penetrar en el interior de la sala. Afuera quedaron cientos de personas; vi a Mateescu perorar y explicar a los que le rodeaban que no debían escuchar a este autor de tercer orden, etc. Nos encontramos después de la conferencia y hemos redactado entre ambos un corto y violento informe: yo del *interior*, él del *exterior*.

Después, durante el invierno conocí a Dekobra en la casa de Dasgupta. Escribió en un ejemplar de *La gondole aux chimères* esta dedicatoria. "A. M. E. esta góndola para soñar Upanishads en los bordes del Ganges".

9 de febrero

Por la mañana doy mi curso. Por la tarde, de las siete a las ocho, conferencia pública sobre "Yoga and Modern Philosophy". Enseguida un profesor de la Universidad Iberoamericana me conduce en coche a la casa de Madame De la Mora. Cuarenta minutos de trayecto. Mansión espléndida en el barrio de la Universidad (M. de la Mora es, parece, un gran arquitecto). Me invitaron a conocer algunos profesores jesuitas de la Iberoamericana. X intenta persuadirme de nuevo a dar una conferencia. Me excuso como puedo (aturdimiento, somnolencia). Discusión interesante.

El año último, en camino a Moscú, estuvo en Rumania y se quedó por unos días en Bucarest y Mamaia. El profesor de antropología me cuenta infinidad de detalles apasionantes de ese viaje. Eran una decena de estudiantes mexicanos. Todos impresionados por el latifundismo y el antieslavismo de los rumanos.

10 de febrero

Cauhtémoc, el último emperador azteca. El nombre significa "Águila que cae". Su resistencia encarnizada contra Cortés du-

rante el sitio de Tenochtitlan. Capturado, se le torturó para que revelara el sitio donde estaban ocultos los tesoros del imperio. (Le quemaron las plantas de los pies con aceite hirviendo). No ha dicho dónde se encontraba el tesoro. Lo llevan lejos de Tenochtitlan, cuando Cortés decide bruscamente ejecutarlo: temía la rebelión de las poblaciones que le estaban sometidas sólo en apariencia. Se le ha colgado de los pies en el bosque tropical de Chiapas. Algunos pretenden que colgado con la cabeza hacia abajo, tenía en efecto el aire de un águila que se abate. No obstante... he aquí su estatua en el centro de la ciudad de México. Y su nombre sobre innumerables calles, fábricas, anuncios, etc. Y no hay una sola calle que lleve el nombre de Cortés en todo México. Aunque hablen español, los mexicanos se sienten solidarios de sus ancestros aztecas, vencidos y exterminados por Cortés.

Pienso en el destino de Trajano y Decéballo. Nosotros, los rumanos, reivindicamos a ambos pero estamos sobre todo orgullosos de Trajano y de nuestro origen latino (tan precario, sin embargo, desde el punto de vista étnico): *culturalmente*, no obstante, es decir en primer lugar por la lengua, pertenecemos a la *Romanía* oriental y no a la Dacia.

12 de febrero

Segundo seminario "Mesa redonda". Está también el profesor de antropología, Jiménez Moreno, especialista en América Central. Habla todo el tiempo, dice cosas interesantes, pero se queda siempre en el nivel descriptivo y empírico. Cada vez que intento ir más lejos en la interpretación y le pregunto qué *significaciones* pueden tener todos esos hechos religiosos, Jiménez Moreno me aprueba, parece encantado, pero no prosigue la hermenéutica sobre ese plan. Regresa siempre a los "documentos", a las "fuentes".

Mediodía. Tanasesco nos lleva en coche al monasterio Monte Carmelo. Subimos cerca de quinientos metros en el "Parque de los Leones", un bosque de coníferas gigantes. El Monasterio ha sido quemado durante la revolución. Pero aparte de algunos cuartos demolidos, la iglesia y los edificios adyacentes han quedado de pie. Bello, melancólico claustro, con toda clase de flores bien cuidadas. (La pasión de los mexicanos por las flores. ¿Es verdad que las gentes crueles aman las flores?) Visitamos la cámara de torturas: la víctima era atada al fondo de una piscina, escuchaba el agua que corría a su lado, pero no podía beber. El cadáver era llevado por el río subterráneo. (Pero ¿qué habrá de verdad en todo esto? Es Tanasesco quien lo cuenta. Parece que no hay ningún estudio sobre ese "problema"). En todo caso, vemos la celda de los prisioneros y eso nos basta (como en el Castillo de Sant'Angelo).

Y las inevitables leyendas: los corredores subterráneos que unen al monasterio con el pueblo (¡algunas decenas de kilómetros!), y por los cuales se traía a las mujeres para las "orgías". Cuando las mujeres quedaban encinta se les emparedaba vivas en los corredores del monasterio.

14 de febrero

En el coche de N. Petra, rumbo a Cuernavaca. Desde que comenzamos a subir, las rocas se levantan de uno y otro lado del camino como fortalezas. Rocas por doquier.

Al cabo de una hora llegamos al pequeño pueblo de Tepoztlán. Es domingo y la feria está en pleno. A la sombra de los

muros, viejas de rasgos "aztecas" como evadidas de bajorrelieves. La iglesia —Dominica de la Natividad— es del siglo XVI. Un matrimonio (unas pequeñas recogen del suelo con destreza los granos de arroz) y un bautismo. Un joven avanza sobre el umbral de la iglesia y arroja un puñado de centavos. Niños, adolescentes y algunos buenos mozos se atropellan. Y mientras tanto un megáfono toca, trasmite a Bach.

Dos pesos por persona por visitar el *patio* y una parte de las antiguas celdas monacales. En el tercer piso, una galería en ruinas desde donde se puede contemplar el valle. Las celdas, derruidas, están abandonadas. Un cartel anuncia que el cura —que habita probablemente al lado de la plaza— está a la disposición de los parroquianos a horas determinadas.

En el *patio* una fuente y un estanque sombreados por palmeras. Dos muchachas vienen por agua con sus cubos de plástico de los colores más diversos.

El camino prosigue sus recodos a través de las montañas. En los confines de un pueblo, Ocotepéc, un cementerio; nos detenemos y nos acercamos al muro a mirar. Se diría una ciudad en miniatura. Las tumbas están abrumadas (debería más bien decir que cargan) pequeñas casitas coloreadas, se esperaría incluso ver muñecas en sus ventanas —o bebés. Atravesamos Ocotepéc y vemos al pasar las iglesias.

En Cuernavaca al comienzo del mediodía. Desayunamos en un restaurante pintoresco invadido, claro está, por los turistas: "Las mañanitas". Sobre la chimenea un cuadro extraño —una dama de la época colonial— se diría una pintura de Leonor Fini. Al lado nuestro, en la mesa vecina, una vieja señora —que parece aún más vieja cuando intenta sonreír. Mucho tiempo hace que no tiene dientes.

Salimos caminando, bajo el calor radiante, hacia el parque y el castillo. En el café vienes en que nos detenemos, algunos muchachitos nos proponen con insistencia collares de granos y frutos secos. Christinel compra collares para todas sus amigas de Chicago y París. El parque —el mismo; el mismo en la España del siglo XIX, en el Portugal de ayer, de anteaer...

Camino hacia Xochicalco. El coche trepa muy alto —continuamos hacia las pirámides. Se ven no lejos de allí los lagos en el horizonte y por todas partes cadenas de montañas. Perros famélicos, algunas casas; en un patio, gallinas, cabras. Bajo un toldo, un mexicano vende coca-cola, limonada, tortilla.

La construcción "Estructura C": subimos hasta la primera plataforma; permanecen aún los muros del santuario que se levantaba allí y que fue quemado. No lejos de aquí la Pirámide de las Serpientes Emplumadas. Admirables ornamentos, de diversos colores. El motivo de la serpiente emplumada, así como el del dios de grandes orejas se repite indefinidamente. Compró el folleto de César A. Sáenz. *Ultimos descubrimientos en Xochicalco* (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México 1964) y lo hojeo bajo el viento. Allí leo que, muy probablemente, un templo se levantaba en la cumbre de la Pirámide de la Serpiente Emplumada, idéntico al de la Estructura C. Leo también que han encontrado, en el curso de las excavaciones, vasos antropomorfos con la figura del Dios de la Lluvia, Tlaloc, y toda clase de ofrendas. En la vecindad de la zona ceremonial, los cementerios. Sáenz los sitúa entre 500 y 750 después de Cristo.

De lo alto se distinguen otras "estructuras" cubiertas de tierra, aún inexploradas. ¿Cuánto tiempo hará falta todavía para que todas las etapas de esta civilización sean conocidas?

Entramos a México a la caída de la noche. Extraordinario espectáculo el de este océano de luces.



15 de febrero

Nos despertamos tarde, ambos aturcidos. ¿Será porque descendimos a Cuernavaca y volvimos a subir en seguida?, por primera vez desde que estoy en México, el cielo está sombrío. Toda la mañana de mal humor. Trabajo a contracorriente, intentando preparar mi lección de mañana.

16 de febrero

Día penoso. Curso a la una (los Upanishads). A la una y media almuerzo con Jiménez Moreno. Por fortuna es él quien habla casi todo el tiempo. (Escucho con interés y aprendo muchas cosas. Cuando se asombra que yo "sepa tantas cosas", develo mi "secreto": yo sé escuchar. Yo sé sobre todo qué preguntas hacer a los "especialistas".)

A las siete de la tarde, segunda conferencia pública (Mitologías de la Memoria y el Olvido). Asiste el embajador de la India. Es un gigante con barba y turbante. Me felicita calorosamente después de la conferencia (pero yo me pregunto si ha escuchado. Vino probablemente porque supo que la primera conferencia trataba del Yoga. Él había creído que yo hablaría por lo tanto de la India).

Después fuimos a cenar con Horia Tanasesco, y una vez más platicamos hasta medianoche. Me acuesto hacia las dos, extenuado.

18 de febrero

Última lección. (¡Con qué claridad se devela ahora a mis ojos el pensamiento religioso indio! La lección ha sido registrada. Si está bien transcrita la podré publicar.)

Por la noche, con Laurette Séjourné. Está también Cohen quien ha traducido al inglés mi libro *Mefistófeles y el andrógino*. Gran amante de la poesía. Ha escrito un libro sobre Robert Graves, y le ha enviado el manuscrito. Graves ha respondido sólo esto: ¡Very well done! (Como en la escuela, comenta Cohen). Se admira —y se regocija— que yo sea tan "humano", que tenga tanto "humor".

He aquí por fin a Juan Rulfo, el autor de la novela *Pedro Páramo*, que muchos consideran como la mejor novela mexicana contemporánea. Todavía joven —quizá entre los cuarenta y cinco y cuarenta y seis años, pero de aire gastado, fatigado. Me dicen que ha sido alcohólico en último grado y que se ha salvado *in extremis* haciéndose internar en una clínica. Desgraciadamente no habla sino español, pero comprende el francés. Me dice que ha leído casi todos mis libros traducidos al español. La conversación se facilita por un joven profesor de filosofía, recién regresado de un congreso internacional en Ginebra. Simpático, inteligente; se interesa en la filosofía de las religiones.

Después de la cena, escuchamos la grabación (editada por Wasson) del ceremonial de los champiñones alucinógenos. Monótonas letanías en uno de los innumerables dialectos mexicanos que ningún otro grupo comprende. De vez en cuando la palabra: ¡Santo! ¡Santo!

19 de febrero

Última sesión de la "Mesa redonda". Se presenta también el doctor Caso (el autor del libro *El Pueblo del Sol*) y un etnólogo francés que prepara desde hace veinte años una tesis sobre "el volador". Está también el joven profesor de filosofía que conocí ayer en casa de L. S. De nuevo el problema del sacrificio humano entre los aztecas. Se me pide hacer una exposición comparativa de todos los tipos de sacrificios humanos que conoce la Historia de las Religiones. Cuando la exposición termina, hablo de este género de sacrificios donde de hecho el dios —encarnado o representado por un ser humano— es inmolado *a sí mismo*. Insisto de nuevo sobre la significación de esos ritos sangrientos en relación con la agricultura. Los cereales no son *dados* (como los animales al cazador paleolítico por ejemplo), sino que nacen del cuerpo de un Ser Divino, o semi-divino, que es asesinado. Para asegurar la permanencia, se inmola a seres humanos; lo que quiere decir que el hombre asume la responsabilidad de mantener el Cosmos viviente y fértil.

En seguida el almuerzo ofrecido por el director del colegio, Silvio Zavala. En nuestra mesa, el doctor Caso y el francés hablan sin parar. Yo descanso. Ni discursos, ni brindis, felizmente.

Taxco, 20 de febrero.

Renunciamos a Acapulco. Decidimos reposar dos días en Taxco. Del viaje y alojamiento es N. Petra quien se ocupa. Partimos en coche, nosotros y una pareja holandesa de Curazao. Llegamos a Cuernavaca al mediodía. Esta vez nos detenemos a visitar la catedral: una fortaleza de piedra rosada construida en el siglo XVI, en medio de un jardín con grandes árboles, flores de todas clases y una alberca.

Hace dos años, limpiando los muros, se descubrieron frescos que ilustran la vida y el martirio del primer santo mexicano, San Felipe de Jesús. Escenas: peces y barcos de pescadores: la llegada de los misioneros a Nagasaki, su crucifixión al lado de algunos japoneses convertidos.

La sorpresa de la catedral es el altar principal extremadamente "moderno". Es el obispo quien lo ha querido así. Pero el gobierno ha prohibido la "modernización" del resto de la catedral.

El chofer que nos sirve de guía nos dice que el obispo es

muy "avanzado"; algunos periódicos han incluso afirmado que considera a los judíos "como cristianos o casi".

Jardines Borda —el jardín de Maximiliano. Mangos e, invisibles, pájaros de gritos tropicales, pericos. La capilla privada. La recámara de los huéspedes. Una fuente grande como alberca con numerosas algas —al borde de la fuente un camino y un "lugar de contemplación". Un muchacho aparece y pasa corriendo, cerca de nosotros, con un arco y un carcaj.

De nuevo en el Jardín de los Héroes y el palacio de Maximiliano, que habíamos visto el domingo. Nos detenemos para tomar un café. El chofer nos habla con entusiasmo de los descubrimientos arqueológicos de México. El holandés de Curaçao se acuerda de un jurista rumano, especialista en problemas de tráfico interplanetario, de quien había aprendido algunas palabras en rumano. Añade, con melancolía, que el jurista acaba de morir.

Hacia Taxco. Árboles *marcas* (calabazas) en forma de cactus. Al borde de la carretera, las muchachas nos proponen comprar iguanas vivas, que nos muestran atadas con una cuerda. Subimos durante una veintena de kilómetros una ruta sinuosa. Y después, bruscamente, se descubre Taxco. Sobre la colina de enfrente decenas de jacarandas gigantes en flor. El hotel de la Borda en el extremo de la ciudad. Nuevo, admirablemente construido y amueblado. Lleno de turistas americanos. Se quedan un día y siguen hacia Acapulco. Nuestra recámara es el último piso, con vigas en el techo y un olor de cera y miel como en los cementerios rumanos.

Al mediodía, el cielo se ensombrece y comienza a llover. Como en la montaña, como en los Bucegui. Por la tarde, en el hall lleno de viejos americanos, miramos el fuego de la chimenea y esperamos que se enciendan las luces de Taxco. Entre dos lluvias nos paseamos ante los escaparates de las platerías.

21 de febrero

Domingo. Sol ardiente que anuncia lluvia. Leemos en el jardín. Una enorme y bella piscina que dos mexicanos limpian perezosamente, pescan lentamente las flores de jacaranda que pierden sus pétalos.

Al fondo del jardín dos jaulas, en una hay una pareja de pequeños monos del bosque tropical no más grandes que un gato de algunos meses; en la otra, otro mono también muy pequeño, de Brasil. Lo miramos fascinados: tiene una cabeza de indio.

Ha llovido durante el mediodía. Hacia la puesta del sol el tiempo parece aclarar. A través de los vidrios de nuestra ventana seguimos el vuelo de pájaros de colores (naranjas, azules, rojos) entre las ramas en busca de quién sabe qué alimento raro en las corolas a medias cerradas. Enseguida desaparecen bruscamente, silenciosamente: se ocultan, se inmovilizan en algún lado, bajo las ramas. Pronto comprendemos por qué: del lado de la montaña los que han emprendido el vuelo, se dirigen hacia nosotros planeando majestuosamente a algunos cientos de metros por arriba. Casi apenas mueven las alas. Planean calmos, orgullosos, sin prisa.

Por la noche, en nuestra recámara, casi glacial (nos han traído frazadas) leo *Las palabras*. No comprendo por qué este libro es considerado como un "gran" libro, importante. Paul Ricoeur me decía hace algunos meses en Chicago que estaba "admirablemente escrito". En relación a tantas páginas teóri-

cas de J. P. Sartre, este libro está, en efecto, bien escrito. Pero entonces ¿qué decir de Cioran?

Me rehuso a *creer* en el niño que reconstruye Sartre. Tengo constantemente la impresión que proyecta "en su más tierna infancia" sus concepciones filosóficas posteriores.

22 de febrero

Toda la mañana en el jardín esperando el automóvil que debe llevarnos a México. Dos horas de espera en el hall del hotel. Sensación extraña: decenas de turistas que parten, mientras otros llegan, se diría que son los mismos.

El automóvil llega cuando ya no lo esperamos y estamos a punto de alquilar otro. El chofer es joven y exalta las riquezas arqueológicas de México.

Por la tarde, cerca del anochecer, nos detenemos en "Tres Marías" para tomar un café. Impresión de gran pobreza, pero mucha buena voluntad. (Lo que no habíamos encontrado en México. Los mexicanos son tristes, melancólicos, encerrados en sus sueños y en sus cosas.)

México, 23 de febrero

En las novelas de Dostoievsky el héroe revela aspectos insospechados y se contradice de un capítulo a otro tanto en su comportamiento como en sus ideas: ocurre la misma cosa con algunos dioses de la India (Varuna, Indra, etc.). Después de haber "sabido" que Varuna es un dios celeste, "cosmocrator" (maestro del universo) y cosas por el estilo, se sabe que es también "el hermano de la Serpiente", un "vípero" y que tiene algo de la Gran Serpiente Vrtra. Después de haber exaltado el heroísmo de Indra en centenares de himnos, sabemos que después de su victoria sobre Vrtra, tiene miedo, huye, se oculta, se empequeñece, etc.

24 de febrero, Oaxaca

Nos levantamos a las cinco y media para poder tomar el avión hacia Oaxaca a las siete y media. Atravesamos la ciudad a oscuras, pero percibimos en las esquinas numerosos niños y jóvenes temblando de frío que esperan el autobús para ir a la escuela.

Volamos encima de montañas que tienen el color de la arcilla quemada. A nuestra izquierda los dos volcanes, cubiertos de nieve. A las ocho y media aterrizamos en Oaxaca. Hace calor, el cielo está sereno y la ciudad se encuentra oculta a medias entre los árboles. En coche hacia el hotel Victoria; nuevo, casi suntuoso, situado sobre la colina al extremo de la ciudad. Vemos Oaxaca a nuestros pies. Alrededor los campos y al fondo las montañas.

Al mediodía descendemos para pasear por la ciudad. Escogemos al azar una calle abrupta que parece serpentear hacia el valle, con niños que juegan en el polvo y los infaltables perros famélicos. Llegamos a la calle general García Vigil, poco después descubrimos la primera iglesia, la de la Santísima Virgen de la Soledad, rodeada de altos árboles. La iglesia es bella, construida, según la costumbre de entonces, como una fortaleza. El interior es falto de interés; ha sido rehecho, pintado de un azul de almacén "angélico". Algunas mujeres avanzan de rodillas hacia el altar.

Al lado de la iglesia el mercado de flores y legumbres. Continuamos. Las casas se hacen más bellas, con sus largos y esbeltos barrotes en las ventanas.



La catedral de Santo Domingo es verdaderamente majestuosa. Leo que fue construida en el siglo XVI por monjes dominicanos: en 1862 fue convertida en *caballeriza* "por necesidades de guerra"; en 1869 catorce altares y capillas habían sido destruidas. En 1902, fue la vuelta al culto, pero sólo la iglesia propiamente dicha. (Al lado, en el antiguo convento, hay ahora un cuartel). Muy fastuosa, barroco español con mucho oro, estatuas de santos, ornamentos. Cerca del altar principal se ve a un lado el emplazamiento de la puerta, hoy amurallada, que daba sobre el convento; del otro lado el estropeado muro del que los viejos frescos (o la decoración) han sido destruidos.

Nos dirigimos hacia el centro de la ciudad. El inevitable parque con su quiosco para la banda de música militar y rodeado de hoteles, de tiendas, de cafés. Se diría una decaída ciudad provincial. Visitamos la plaza y las calles adyacentes que me recuerdan los Lipscani de mi infancia. Y la pequeña iglesia de la calle Misericordia. Cuando salimos de la iglesia, la fanfarria, en el quiosco, se preparaba para comenzar. Esperamos sobre un banco; sentados en los bancos, o en grupos aislados, los habitantes de la ciudad esperan también. Ignoro por qué razón, pero la fanfarria no tocó.

Por la noche leo *El gato y el ratón* de Günther Grass. Sin entusiasmo. (Exasperado también por ese crítico canadiense que proclama que Grass es superior a todos los novelistas americanos incluidos Faulkner . . . leo esas inepcias en la cubierta.)

Se diría que recomienzo mi vida a partir de mi infancia y mi adolescencia. En efecto *todas* las pasiones de entonces se reaniman —y en el mismo orden. Primero, la filatelia, luego la entomología, la botánica, la mineralogía. Con qué impaciencia he buscado hoy insectos, en las colinas que se encuentran atrás del hotel. Con qué alegría he examinado las flores desconocidas. Cierro los ojos y vuelvo a mirar los diez volúmenes de *Recuerdos entomológicos* en la buhardilla de la calle Melodiei, los hojeo mentalmente. Me prometo pedirlos a la biblioteca a mi regreso a Chicago.

25 de febrero

Por la mañana, muy temprano, en viaje hacia Mitla. Nos detenemos en el pueblo de Tule para ver el célebre "Árbol del

Tule". Cerca de una pequeña iglesia, ese género de ciprés (Taxodium Mucronatum); tiene unos veinte metros de diámetro y, probablemente, 2 500 a 3 000 años. (El guía nos precisa que "los botánicos franceses" afirman que tendrá 5 000 años.) La iglesia ordinaria. Dos torrecillas pintadas en blanco y azul. Al lado otro *taxodium* más modesto: unos doce metros de diámetro solamente.

Subimos al coche y continuamos nuestro viaje. Carretera excelente (americana) atraviesa los pobres campos. Esta planta arborescente, de flores rojas es un *castor-oil*; de sus granos se extrae aceite laxante.

Pasamos cerca de la pequeña pirámide enterrada casi del todo. Se la ha tratado de exhumar, pero está tan degradada, que los arqueólogos han renunciado.

Llegamos a un pueblo: Tlacolula. A la entrada, sobre los muros de la primera casa, anuncios gigantescos: Coca-Cola y Pepsi-Cola. El guía nos dice que Tlacolula significa "*the twisted thing*". Se trata de un pueblo fundado antes de la Conquista. En 1550 llegaron los primeros misioneros dominicanos, y entre 1580-1621 construyeron la iglesia de Santa María de la Asunción. (Tiene dos torrecillas pintadas en rosa-naranja y blanco). Según eso poseía una de las más bellas capillas de México; "muy original" nos explica el guía. Entramos. Algunas mujeres vestidas de negro. Cirios ornamentados sobre bases de madera dorada, y las inevitables estatuas de santos ante las cuales hay otras mujeres, arrodilladas, vestidas de negro. (Y de nuevo esta misma impresión de templo pagano, de un culto politeísta que no osa confesarlo y asumirse como tal).

Ante la iglesia, una gran escuela comienza a construirse y a un lado la plaza.

Nos detenemos aún otra vez, en el pueblo de Mitla para visitar un taller de hilado: *Alberto's Handcrafts* (Turistas welcomed). Dos hombres, uno de ellos muy viejo, trabajan ante un bastidor de frazada o tapiz. Los norteamericanos los fotografían, les toman películas. (Y cómo están orgullosos, el viejo sobre todo).

Sobre las casas los buitres giran lentamente en derredor, ¡y tan alto! El sol ardiente de mediodía y el cielo muy azul —y súbitamente recuerdo: en los Cárpatos, la misma escena, miraba planear— los buitres, después de haber leído *La verdadera muerte de Guynemer* y me preguntaba ¿es de esta manera como César Petresco había descubierto el tema de su novela, mirando, como yo lo hacía en este momento, a los buitres girando en el cielo?

En el corredor del taller, un granado cargado de frutos maduros.

Atravesamos Mitla para ir directamente a las ruinas. La catedral de San Pablo (no la visitamos: es del siglo XIX, nos dice hastiado el guía) y al lado, la zona arqueológica. Entre la catedral y las ruinas, los vendedores de ropa, de campanillas, de reproducciones, de figuritas y estatuillas.

Mitla: micltlan en nahuatl, "lugar de reposo". En efecto es aquí que se encontraba el cementerio de los zapotecas. No era una ciudad, sino una necrópolis, con templos, edificios públicos y un palacio que habitaban el rey y los sacerdotes algunos meses por año durante las ceremonias. (El rey era también sacerdote.)

Subimos hacia el santuario y entramos en la primera sala. En el centro columnas de piedra de tres o cuatro metros de altura. Comienzo a recordar lo que ya sabía. Los zapotecas han sido los primeros habitantes de la región de Monte Albán. Mitla ha sido probablemente uno de los primeros lugares que

construyeron. Han sido precisos ciento cincuenta años para terminar los santuarios y el palacio. Hacia 900-950, Mitla había sido construida. Entonces los zapotecas han dejado Monte Albán y llegado aquí. Cuando los españoles llegaron quedaron maravillados. Evidentemente, se pusieron a la tarea de destruir, y han terminado por destruir casi todo. Con las piedras de los monumentos se hicieron construir casas, y la iglesia (no la que está al lado, sino otra demolida desde hace tiempo).

Es exasperante encontrar por todas partes el mismo cruel y estúpido vandalismo. Pero hago el intento de entender: para los españoles, los zapotecas, los aztecas y los demás, eran como los "paganos", para los hebreos (cananeos, filisteos, etc.); tenían las mismas creencias religiosas y practicaban, entre otros, el sacrificio humano. Recuerdo la rabia con la que destruían los altares de los templos, los ídolos; recuerdo el Antiguo Testamento.

Esta gran sala del palacio está decorada. En 1901, nos dice el guía, el gobierno decidió reconstruir todo el complejo arqueológico. Y desde el principio la reconstrucción ha sido mal hecha (se ven en los muros los ladrillos y las piedras dispersas). Mitla es un sitio único en México porque no ha sido destruido, ha quedado tal como hoy lo vemos. Y después de las torpezas de 1901, nada ha podido ser resucitado. Los cuartos tenían techos de madera, han ardido o se han podrido, y ahora se ve el cielo por todos lados.

Atravesamos un túnel y llegamos a otra pieza, cuadrada, con ornamentos en piedra. Al lado los aposentos del rey-sacerdote. Todo ha sido construido con piedras grandes, pequeñas, minúsculas —dispuestas de tal forma que el cimiento no era necesario. (Por otra parte no conocían el cimiento.) Y mosaicos extraordinarios. El pavimento está ligeramente inclinado para que el agua de las lluvias pueda correr (se ven aún los hoyos del desagüe). El guía precisa que se han utilizado unas cinco mil piedras, grandes y pequeñas. Algunas transportadas desde una distancia de veinte kilómetros. Los arquitectos poseían el plan de toda la construcción; conocían un sistema de medidas "las matemáticas", pues.

Sobre el pavimento y los muros el mosaico es de color verde o rojo. Los monjes dominicanos encontraron pieles, sillas y literas.

Salimos y miramos una vez más desde la cima de la escalera la plaza donde tenían lugar las ceremonias. Templos en todo el rededor. Aquí tenían lugar los sacrificios: animales salvajes y, tres veces por año, sacrificios humanos. Han sido descritos por los monjes dominicanos que asistieron a ellos. Descendemos. Desde la mitad de la plaza miramos la fachada del Palacio; con sus tres puertas centrales. El viento se desata de súbito. Vemos volar el sombrero de un norteamericano, y tan alto que creemos que no lo encontrará jamás. Vamos a las tumbas. Aquí, en esta plaza, sobre el flanco de la plaza principal, hay cuatro templos, y bajo cada templo, tumbas. Entramos a la necrópolis de los reyes. El guía llama la atención a aquellos que pudieren padecer claustrofobia y les recomienda no entrar. Hace calor, casi de horno, y respiramos con esfuerzo, como si nos faltara el aire. Penetramos a cuatro patas por un túnel de cincuenta o sesenta centímetros de alto. En el centro de la necrópolis, en forma de cruz, el guía nos aguarda con una lámpara eléctrica. Nos muestra los dibujos sobre los muros, svásticas entre otros. Y un mapamundi, una especie de Zigourat y

una cruz en medio (El Centro del Mundo). Los cadáveres no eran enterrados sino depuestos en la tierra y rodeados de joyas y ofrendas. (He visto tumbas semejantes en el museo de México.) Salimos, se diría que el viento ha enfriado, lo sentimos azotar nuestro rostro. La otra necrópolis es la de los sacerdotes. No entramos. Está a medias abierta, y se alcanza a ver una columna de piedra. Se la llama la columna de la muerte. Los hombres la abrazan, y el número de dedos que caben entre las dos palmas, es el número de años que os quedarán de vida.

Frente a nosotros, a nuestro lado, la pareja de holandeses en viaje de bodas, se mantenían cogidos de la mano, silenciosos, concentrados. ¿Por qué?

Monte Albán, 26 de febrero

Atravesamos el pueblo de San Juanito. A doce kilómetros de Monte Albán. El nombre es español (el monte estaba, en esa época, cubierto de árboles blancos durante la primavera): en zapoteco se le llama Oanidipa, "lugar fortificado". Es aquí donde los zapotecas subían para rendir culto. En el valle tenían sus casas de caña, es por eso que nada se ha encontrado. Las primeras residencias, hacia 800-1000 d.C. La ciudadela ha sido abandonada hacia el año mil de nuestra era, cuando llegaron los mixtecos.

Monte Albán fue conquistada tardíamente por los españoles. Después fue olvidada hasta fines del siglo XIX, cuando Dupaix descubrió las pirámides. En 1901-1905 Porfirio Díaz, oaxaqueño, comenzó las excavaciones. El doctor Caso retomó la exploración en 1930 y sacó a la luz templos y tumbas (veinticinco hasta el presente pero hay probablemente muchos más). Tienen todos la misma forma. Vemos uno en lo alto. Los muros estaban coloreados. De la explanada norte (restaurada en parte) quedan seis columnas truncas, de dos metros de diámetro.

Nos dirigimos hacia la explanada central tallada en la montaña. La escalera por la cual ascendemos ha quedado tal como era cuando fue construida. *Stelae* de extraños diseños (representarían figuras astronómicas). Visitamos una construcción con un cuadrante solar. Se nos conduce en seguida hasta otra pirámide. Penetramos por un túnel. Otras figuras, diferentes tipos étnicos. En efecto: mongoloide, negroide (¿azteca?, ¿semita?). Se diría que llevan en la cabeza aderezos egipcios. Danzas. Símbolos fálicos. En el exterior, piedras numeradas. Un fragmento que representa una mujer impúdica.

Subimos sobre una inmensa pirámide, parcialmente desenterrada. Se ve toda la ciudad. La pirámide propiamente dicha está cubierta por la selva.

Por la tarde en el Museo de Oaxaca. Extraordinariamente rico. Nos detenemos especialmente en la sala Monte Albán. Las deidades del maíz en la sala de los monolíticos. En seguida, en el piso de arriba, la tumba número VII con su fabuloso tesoro. En las vitrinas: corales, conchas, enormes collares de perlas, vasos de alabastro, collares de turquesa y de jade. (¡Si Flaubert los hubiera visto!) En un rincón aislado, un vaso de cristal de roca. Y ese cráneo extraordinario mosaiqueado de turquesas. Y el dios de la muerte; su máscara de oro reproducida en tantas tarjetas postales. Sobre el muro, la fotografía de Caso, ante la tumba número VII; en el momento en que la descubría. (Hubiera debido consignar más minuciosamente mis conversaciones con el doctor Caso, la última semana.)